

LOS DÍAS DEL CÁUCASO

Banine



El elegante, irónico y conmovedor retrato de una mujer y una época extraordinarias.

Banine recuerda las aguas del mar Caspio, su lujosa mansión en Bakú, las espléndidas fiestas, las frutas, los dulces; a su institutriz alemana de rubísima melena, a su imperiosa y estricta abuela musulmana, a sus tan adinerados como nada respetables parientes que, discutiendo y fumando sin tregua, se jugaban a los naipes la inmensa fortuna que el petróleo les había hecho amasar.

Banine recuerda cómo entonces llegaron los bolcheviques, y de pronto lo perdieron todo; cómo en el torbellino de la revolución y el derramamiento de sangre se enamoró apasionadamente de un hombre, pero solo para ser obligada a casarse con otro al que detestaba; hasta que llegó la oportunidad de escapar, a Estambul primero, a París más adelante.

Banine recuerda en esta elegante, irónica y conmovedora *mémoire*; uno de los más originales y trepidantes libros autobiográficos del siglo XX; su fascinante y turbulenta juventud en el disputado territorio de Azerbaiyán, en perpetuo equilibrio entre Oriente y Occidente, entre el mundo de ayer y los inciertos días venideros.

«Con una prosa exquisita y una gloriosa capacidad para captar lo absurdo y lo cómico; incluso en medio de los más trágicos sucesos, Banine nos ofrece el relato de su embriagadora y turbulenta juventud, desde las orillas del mar Caspio hasta París». *The Spectator*

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Los días del Cáucaso](#)

[Introducción](#)

[Primera parte](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[Segunda parte](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[Sobre la autora](#)

[Notas](#)

Introducción

Nací a finales de 1905, año de la primera y abortada Revolución rusa, que estalló a raíz de la desastrosa guerra entre Rusia y Japón. Cuando se declaró la de 1914, yo tenía ocho años, y once en el momento de la Revolución de Octubre de 1917, esta vez victoriosa.

De niña, no entendía los acontecimientos, ni sabía unir las piezas de la historia. Recuerdo creer que los turcos habían ocupado Bakú cuando todavía no habían sido vencidos, y que los ingleses habían tomado el relevo tras la derrota de 1918. Sin embargo, tras consultar a varios historiadores, extraigo lo siguiente:

En mayo de 1917, Azerbaiyán, junto con otras etnias limítrofes, aprovecha la guerra civil en Rusia para desvincularse del Imperio y se declara independiente. Pero los revolucionarios armenios, los *dashnak*, encabezados por su líder, Stepán Shaumián, y apoyados por los bolcheviques, se hacen con el poder durante un breve lapso de tiempo.

Es entonces cuando huimos a Persia para evitar severas represalias, si no una masacre.

Así presenta los hechos un texto soviético: «Sin embargo, a principios del verano de 1918, la situación del poder soviético de Bakú se agrava. Los intervencionistas alemanes y turcos ardían en deseos de apoderarse de esta región, rica en petróleo. A Rusia, que por aquel entonces libraba una batalla encarnizada contra las fuerzas de los in-

tervencionistas y la contrarrevolución interna, le resultaba imposible apoyar a los habitantes de Bakú. El 31 de julio de 1918, el poder comunista fue derrocado temporalmente. La ciudad fue ocupada por tropas primero británicas y luego turcas».

En este periodo de reacción anticomunista, fueron fusilados veintiséis comisarios del pueblo, comisarios cuya memoria se honra en un monumento erigido por los comunistas cuando recuperaron el poder. El busto de Stepán Shaumián, «uno de los dirigentes de la legendaria comuna de Bakú», corona una estela muy alta en un parque de Bakú.

Una vez vencidos los comunistas, pudimos regresar a Bakú, donde las elecciones del 7 de diciembre de 1918 dieron la victoria a los socialdemócratas, el partido de Müsavat, el de mi padre. A él lo nombraron ministro de Comercio.

El 5 de enero de 1920, el Gobierno de Azerbaiyán es reconocido *de facto* por los Aliados, pero no *de iure*. Sin embargo, este reconocimiento gozará de una vida muy breve, pues el país será reconquistado por el Ejército Rojo el 27 de abril de ese mismo año. En estas páginas he narrado cómo asistí al fin de un mundo, de nuestro mundo capitalista, cuando una noche vi por una ventana de nuestra casa varios camiones llenos de soldados rojos.

Mi padre entra en prisión, donde pasará casi diez meses. Cuando recupera la libertad, solo piensa en reunirse con su familia en París; sin mí. En la primavera de 1921, yo ingresé en una cárcel de otro tipo, la de un matrimonio

con un hombre al que odiaba. Acababa de cumplir quince años.

En la primavera de 1924 pude emigrar, abandonando para siempre mi país, al que ya nada me unía. Azerbaiyán había entrado en la Unión de Repúblicas Soviéticas. Como mi familia ha conservado su celebridad en los anales nacionales, y como yo soy su última representante –o casi–, los soviéticos me invitaron a Bakú. Pero no acepté la invitación. Mentiría si dijera que no me arrepiento.

BANINE

París, 1985

Primera parte

I

A diferencia de ciertas personas dignas, nacidas en familias pobres, pero que eran familias «bien», yo nací en el seno de una familia que no era para nada una familia «bien», pero sí era muy rica. Tanto que resultaría escandaloso de no ser por el hecho deplorable, pero justo, de que dejó de serlo hace ya muchos años. «Y ¿por qué su familia no era una familia “bien”?», me preguntarán quizá con amabilidad, comentario este que implicaría cierto interés hacia mi persona. Pues bien, porque, por un lado, mi familia solo es capaz de remontarse en su estirpe hasta mi bisabuelo, que respondía al bonito nombre de Asadulá, que significa «amado por Alá»; un nombre predestinado porque, campesino de nacimiento, mi antepasado murió millonario gracias al petróleo que brotó de su campo sembrado de piedras entre las que pastaba –no se sabe qué– su rebaño de ovejas. Y también porque mi familia contaba con miembros turbios en extremo, en cuyas actividades sería preferible no extenderse. Si a lo largo de este relato me animo, tal vez hable más en detalle de ellos, y de cosas que me interesan como autora, pero repruebo como depositaria de un ínfimo remanente de orgullo familiar.

Como decía, vine a nacer en una familia extraña, exótica y riquísima, un día invernal de un año movido, plagado, como tantos otros calificados de históricos, de huelgas, pogromos, masacres y diversas manifestaciones de la genialidad humana, tan particularmente imaginativa en lo to-

cante a perturbaciones sociales^[1]. La mayor parte de la población de Bakú, compuesta de armenios y azerbaiyanos, estaba ocupada de forma activa en masacrarse. Aquel año, los armenios, mejor organizados, exterminaban a los azerbaiyanos para vengarse de antiguas matanzas; los azerbaiyanos, por su parte, a falta de algo mejor, hacían acopio de motivos para matanzas futuras. Y todos contentos, salvo aquellos –por desgracia numerosos– que fallecían en el transcurso de los acontecimientos.

Nadie me habría creído capaz de participar en la obra de destrucción; y, sin embargo, así fue, ya que maté a mi madre cuando vine al mundo. Para huir de las matanzas, ella fue, para dar a luz, a un suburbio petrolífero donde creía que hallaría tranquilidad. Pero por aquel entonces todo estaba tan patas arriba que acabó parándome en las peores condiciones posibles y contraí la fiebre puerperal. Un violento temporal dejó la casa aislada de todo auxilio exterior, lo que vino a sumarse al caos en el que ya estábamos sumidos. Mi madre, privada de los complejos cuidados que requería su estado de salud, luchó en vano contra la enfermedad. Murió en pleno dominio de sus facultades, lamentando abandonar tan joven esta vida y preguntándose con angustia por la suerte que correrían los suyos.

Aunque desde un punto de vista físico yo nací en ese momento, aún tardé varios años en nacer a la vida consciente. Esta me fue revelada a través de los juguetes berlineses que me traía mi padre; percibí el mundo por vez primera a través del vientre sonoro de un gato de peluche, de la belleza rutilante de un marajá a lomos de un elefante

de gamuza gris, de las reverencias de un payaso multicolor. Todo esto percibí, y sentí, y me maravillé de ello, y así empecé a vivir.

Mis primeros años fueron de lo más felices; mi juventud, en comparación con mis tres hermanas mayores, me confería privilegios de todo tipo que yo sabía aprovechar; pero lo fueron, sobre todo, porque me crio una santa (y no exagero al emplear este término), una alemana báltica –mi institutriz, mi madre, mi ángel de la guarda– que nos entregó de manera incondicional su buena salud y su vida, y empleó con nosotras toda su paciencia; una mujer a la que dimos muchos disgustos y muy pocas alegrías; que se sacrificó siempre sin pedir nada a cambio. Era, en pocas palabras, una de esas criaturas excepcionales que saben dar sin recibir.

Fräulein Anna tenía la piel pálida y el cabello de lino; nosotras cuatro, en cambio, éramos de piel morena y pelo negro, velludas y de aspecto muy oriental. Formábamos un conjunto de lo más vistoso en las fotografías, cuando la rodeábamos, a ella, tan absolutamente nórdica, con nuestras narices aquilinas y nuestras cejas juntas. Y debo añadir que nos fotografiábamos mucho en aquella época (a pesar de la prohibición del Profeta, enemigo de las imágenes), ataviadas con nuestras mejores galas y flanqueadas por la mayor cantidad posible de parientes, todo ello con un parque pintado al fondo. Manía inofensiva cuya explicación se hallaba en la novedad del asunto para lo primitivos que éramos entonces; manía a la que debo un puñado de estampas hilarantes y enternecedoras que guardo con cariño.

Pero volvamos a *Fräulein* Anna. El hecho de que ella, rodeada de una familia musulmana fanática, en una ciudad todavía oriental, supiera crear y mantener un clima de *Ver-gissmeinnicht*, de canciones infantiles para niños rubios, de árboles de Navidad con angelitos rosados, de pasteles cargados de crema y sentimentalismo, demuestra que tenía personalidad a pesar de su docilidad, y voluntad a pesar de su flexibilidad. Ciertamente es que en aquellos tiempos todavía no la habíamos agotado y podía defenderse mejor contra un ambiente que debía de antojársele, o serle, hostil. Su influencia se veía contrarrestada de manera constante por la de nuestra abuela paterna, que vivía en la planta baja de nuestra casa. Desde allí reinaba aquella mujer autoritaria, alta y gruesa, preferiblemente sentada en el suelo, sobre unos cojines, como buena musulmana, cubierta la cabeza con un velo, y fanática hasta el exceso. Ejecutaba sus abluciones y oraciones con un rigor infalible, y aborrecía a los cristianos con exaltación. Si resultaba que manos no musulmanas tocaban la vajilla, mi abuela se negaba a usarla y la regalaba a gentes menos orgullosas. Si un extranjero de piel blanca pasaba por su lado, ella lanzaba un escupitajo al suelo y se ponía a proferir injurias, siendo «hijo de perra» la más moderada de todas. Por consiguiente, a nosotras, criadas por una cristiana, también nos aborrecía un poco; tantas caricias, tanto contacto con manos profanas acababan impregnándonos de un sutil aroma impío, y sus besos, aunque afectuosos, solían ir acompañados de un mohín de repugnancia. En verdad, si de ella hubiera dependido, no habríamos sido confiadas a *Fräulein* Anna, y me puedo imaginar las penosas batallas

que mi padre debió de librar para que su madre aceptara tan herética educación. Pero los rusos nos habían colonizado hacía tiempo; su influencia se colaba por todas partes, y con ella el deseo de cultura, de europeización. La gente empezaba a preferir para las nuevas generaciones la libertad al velo, y la formación al fanatismo.

Tras ponernos en las blanquísimas manos de *Fräulein* Anna con una confianza que nunca hubo de lamentar, mi padre se desentendió de nosotras. Viajaba constantemente, pues, en su condición de primogénito, dirigía la empresa petrolera familiar, que poseía depósitos y oficinas alrededor de todo el mar Caspio y a lo largo del Volga, había llegado (la empresa familiar) hasta Moscú en forma de pujante filial y terminaba en Varsovia. Una vez allí, en virtud de la velocidad adquirida, mi padre ya no podía parar, ya que Berlín quedaba a tiro de piedra para alguien acostumbrado a las distancias rusas; de ahí que de vez en cuando se pasara por la capital germana.

La Alemania anterior a la guerra de 1914 gozaba de un prestigio inmenso entre mis compatriotas, que acababan de descubrir la civilización: automóviles, mostachos al estilo de Guillermo II, institutrices pálidas, música, pianos... todo venía de allí. Y mi padre volvía cargado de todas esas cosas, inclusive el bigotón marcial, que en cada viaje adquiría un vigor renovado, ensanchándose y levantándose cada vez un poco más. Pues no debemos olvidar que Guillermo II se autoproclamaba protector de los turcos y el islam; de ahí su buena fama entre nosotros, primos de los turcos.

Me parece que esos años que precedieron el segundo

matrimonio de mi padre debieron de ser los más felices de su vida: era joven, rico, libre, apuesto, y despertaba intereses matrimoniales y otros menos honestos. Tenía muchas aventuras, pero el casamiento no llegaba, aunque se lo recomendaba toda la familia, que aceptaba la poligamia y censuraba el celibato. Sin embargo, las candidatas que ellos le proponían no le convencían; no eran más que mediocres musulmanas, apenas instruidas, sin elegancia ni encanto, y a mi padre, que apostaba de forma definitiva por la cultura, no le interesaba ninguna. Las otras, las que conocía al azar de sus viajes y estancias en el extranjero y que habrían podido gustarle de veras, eran, según la definición de nuestra abuela, unas «hijas de perra», o sea, cristianas, y por lo tanto difíciles de desposar. Había sólidos motivos en la familia para temer matrimonios con esa clase de mujeres, y la abuela además las odiaba por una razón extrarreligiosa: su marido la había repudiado para irse con una rusa de dudoso origen. Desde que se casara en segundas nupcias y hasta su muerte, cuando yo tenía seis años, mi abuelo vivió en Moscú, en una casa atestada de iconos, maltratado por su esposa y peleado con toda la familia por culpa de ella. ¿Fue este ejemplo de tan edificante moralidad para los fieles lo que inspiraba prudencia a mi padre y le impedía casarse con una cristiana? Fuera como fuere, la cuestión es que tardó mucho tiempo en escoger a su segunda mujer.

Nosotros ocupábamos la segunda planta de nuestra casa de la ciudad, que, limitada a ambos lados por sendas viviendas, se desquitaba desplegándose en profundidad; tanto es así que por el otro lado daba a la calle paralela, lo

que le permitía contar con dos apartamentos idénticos, gemelos, que se daban la espalda; gemelos separados por un patio, pero unidos mediante pasillos simétricos que bordeaban dicho patio.

Nosotras, las niñas, vivíamos con *Fräulein* Anna en el apartamento orientado al sur, siempre bañado de sol; el otro, el que daba al norte, oscuro y silencioso, acogía a mi padre entre viaje y viaje. Allí se encontraban las que nos complacíamos en llamar con orgullo «salas de recepción», dicho de forma más sencilla, el comedor y el salón, donde se hallaba también el piano de cola en el que, en días festivos y cuando era menester desconcertar a alguna institutriz demasiado orgullosa de su rebaño, *Fräulein* Anna mandaba ejecutar a mi hermana mayor, Leila, una pieza brillante de su repertorio. Encima de un mueble, audaz híbrido entre columna y pedestal, se erigía un negro cubierto de oro que sostenía una lámpara-antorcha o antorchalámpara. Solo la encendíamos en ocasiones especiales, en las que yo no me cansaba de admirarla. De hecho, fue aquella estatua el primer objeto que me transmitió la agradable sensación de la riqueza.

En circunstancias normales, casi nunca pisábamos aquel salón. Pasábamos casi todo el tiempo en la sala de estudio, grande y luminosa. Allí había otro piano, instrumento de tortura que ocupaba un lugar destacado en nuestras vidas; casi en todo momento alguna de las cuatro lo aporreaba con manos infantiles, impacientes y toscas. Llovían escalas, arpeggios o, peor aún, alguna sonata de Mozart mutilada sin mala intención. Con los sonidos ingratos de aquella música reíamos, llorábamos, nos rebelábamos y